



Dana Hart

www.danahartescritora.com



*La Gira de
Teresa Flores*

DANA HART

Las mujeres no somos de nadie. ¿Por qué habría de tolerar que me recuerden como la “compañerita”, engrandeciendo al líder y empequeñeciendo a quienes dimos los mismos pasos? Yo estuve allí. Oprimida entre oprimidos. Explotada por explotadores y explotados. Estuve allí, como Belén de Sárraga y otras tantas mujeres, sin ser la compañerita de nadie. Como mujer, dirigente, defensora de la independencia de la clase obrera, a la que perteneceré siempre.

Y no estábamos en soledad. En otros países, como en Rusia, avanzaban procesos revolucionarios en los que la clase obrera gobernaba. Aquí, impulsamos el Partido Obrero Socialista (POS), que luego pasó a constituirse como Partido Comunista (PC), hasta que el proceso de burocratización, traiciones y retrocesos, hizo estragos.

Vivimos la Asamblea Obrera de la Alimentación Nacional (AOAN) a partir de 1918, donde las mujeres mostramos ser el motor. Yo estuve allí, firme como una roca. No retrocedí ante el ascenso de ninguno de los extraños fenómenos que vi. No claudiqué. No se me quebró la voz. Seguí defendiendo nuestros ideales, aun cuando Luis Emilio murió, de aquel sospechoso suicidio de tres tiros. Yo también fundé el movimiento obrero en Chile.

¿Por qué habría de ser considerada entonces para la Historia como la “su” de alguien?

Lo recuerdo cada diecinueve de diciembre. Prendo una vela, como se hace en México, y coloco una fotografía suya al lado. Me quedo observando durante horas cómo el movimiento de la vela, alumbra su rostro, porque parece que se moviera él.

De mí decían que yo era “su compañerita”, como si le perteneciese, como si mi historia no pudiera ser contada sin su presencia. Cuando se cuenta la historia de la fundación de la primera federación obrera en Chile, la FOCH, por ejemplo, se narran sus viajes, su presencia que se expande por el país, pero no se dice que yo, estaba allí, hablando con los trabajadores, pero por sobre todo con las mujeres de la clase trabajadora, el eslabón secreto más firme de la cadena, el que no se rompe nunca. Hablaba con ellas, mientras se pelaban las papas y si no hubieran estado de acuerdo, sin lugar a dudas, no se habría formado ninguna federación.

Yo fui la que le dijo a Luis Emilio, en 1912, que era urgente impulsar una sociedad de defensa del trabajo, una unión gremial o instrumento que permitiera la unidad. Lo importante era que tuviera una declaración de principios que se plantearan barrer con la explotación. Juntos empezamos a imprimir un periódico, “El Despertar de los Trabajadores”, que se hizo famoso allá en el Norte Grande. Él, era tipógrafo, pero yo, me pasaba las horas doblando, estirando, compaginando y por supuesto repartiendo y también escribiendo.

En 1916 hubo una huelga grande de los ferroviarios, así que nos volcamos a intervenir. Vimos el potencial que tenía este sector de la clase obrera, que detuvo completamente la producción, generando una gran crisis nacional, que afectó a todos los sectores de la economía. Dábamos una lucha férrea contra Eduardo Gentoso y Marín Pinuer que era el ala más conservadora, ligada a la Iglesia católica.

Nuestra consigna principal era la independencia de clase y logramos influir con ella.

Empezamos a viajar por diferentes ciudades, fundando secciones de la federación. Fuimos a Antofagasta, se realizó un mitin y como resultado, surgió una sección. Después viajamos a Iquique y al salir de la ciudad, ya había quedada constituida otra sección. Boquete. Lagunas.

Para cuando nos queríamos dar cuenta, estábamos en una gira que recorría el país, fundando secciones de la federación obrera.

Impulsamos Centros Anticlericales y del Libre Pensamiento, que se expandieron como un reguero de pólvora. Impulsamos Comités de dueñas de casa, también Consejos femeninos al interior de la federación. Fuimos protagonistas de la huelga de las cocinas apagadas.